



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

27 de Octubre de 2026

Nº 45



**Las Iglesia de
Filadelfia**
(p.2)

**La Experiencia
Parte 2 -
E. G. White (p. 12)**

**Unidos contra...
“La Victoria
Divino-Humana”
-(p.16)**

La Iglesia de Filadelfia

Retén lo de los Pioneros, y serás sellado

Por: John García

Filadelfia: retén lo que tenían los pioneros para ser sellado 144000

Una semana especial para los adventistas

El día jueves fue 22 de octubre, y se cumplieron 182 años del día en que miles de creyentes esperaban que Jesús viniera por segunda vez a la tierra. Y ayer, viernes 23, se cumplieron 182 años del amanecer más triste, del Gran Chasco. Jesús no vino, y muchas personas vieron su fe perdida, como que se hundía.

Sin embargo, justamente uno de los que era líder de ese movimiento millerita, Hiram Edson, salió a visitar a otros hermanos para consolarlos en esa hora, y en ese camino atravesó un campo de maíz y tuvo como una visión. Vio que Jesús no había venido porque Jesús había entrado al lugar santísimo, había entrado por una puerta abierta. Y eso lo guió a él y a todo el resto de los adventistas a estudiar más profundamente lo que significaba la purificación del santuario, y llevó su fe a ser reanimada y a ver más luz que la que habían estado viviendo. Ese grupo de hermanos estaba pasando por el período histórico que la Biblia llama la iglesia de Filadelfia, que vamos a estudiar el día de hoy.

Repaso: de Éfeso a Sardis

Hemos visto de Apocalipsis el primer capítulo, que nos habla del orden evangélico, del trío celestial verdadero que está en Apocalipsis, de Juan en Patmos. Hemos visto también la orden que Jesús manda de escribir y enviar el libro, el Cristo glorificado y el cuidado de Jesús por sus iglesias.

Luego hemos visto el mensaje de la iglesia de Éfeso: el saludo, el elogio, el reproche de

«APOCALIPSIS 1»

JESÚS CUIDA SUS IGLESIAS

Juan, preso en Patmos, recibe el Apocalipsis y lo envía a las 7 iglesias de Asia.

EL CAPÍTULO:

- Orden: Dios, Cristo, ángel, Juan, iglesia (1-3)
- El trío celestial (4-8)
- Jesús glorificado (12-16)
- Candeleros y siete estrellas (17-20)



ENTIÉNDELO ASÍ:

Jesús cuida de sus iglesias y de sus ancianos.

que perdió su primer amor, el desafío de arrepentirse y la promesa del árbol de la vida. También hemos visto Esmirna, donde se habla de la iglesia cristiana en el período de la persecución, y se habló del saludo, de cómo Jesús se presenta como el primero y el último, el que murió y resucitó. No tiene ningún reproche, pero hay un desafío de soportar la persecución por diez días, la persecución que hizo el Imperio romano, y una promesa también que se les da.

También hemos visto Pérgamo, que es la iglesia de la alianza con el Estado, donde Jesús se presenta como el que tiene la espada de dos filos, donde elogia lo que tenían de bueno, su nombre, aunque estaban en el trono de Satanás, donde los reprocha porque tenían allí la doctrina de los nicolaítas, los desafía a que se arrepientan, y hay una promesa al vencedor. También vimos a Tiatira, que representa la iglesia del tiempo de Jezabel, los 1260 años, donde Jesús se presenta como el Hijo de Dios glorificado. Los elogia por sus buenas obras, pero reprocha que toleran a Jezabel, los desafía a que mantengan lo que tienen y les da la promesa de autoridad sobre las naciones.

Y finalmente la semana pasada concluimos ese estudio con Sardis, que sería el protestantismo estadounidense en torno a 1798, donde son elogiados por sus obras, pero se les reprocha que tienen nombre de que viven pero están muertos. Se les desafía a que velen,

a que sigan adelante, y se les promete la victoria en el juicio.

Filadelfia: amor fraternal, de 1840 a 1852

Filadelfia significa amor fraternal, y representa un período de tiempo corto, que es el período que va de 1840 a 1852: la iglesia adventista, primeramente millerita, y después la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Lo primero que tenemos que recordar es que está en Apocalipsis capítulo 3, versículo 7, donde dice: «Y escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia». Tenemos que aprender a diferenciar entre iglesia y denominación. La denominación es una iglesia que se registra ante un gobierno, donde es reconocida por el gobierno.

«IGLESIA 6 · 1840-1852»

FILADELFIA UNA PUERTA ABIERTA

El **reavivamiento adventista**: la Iglesia millerita y pionera (4.ª reforma). Le habla **el Santo**, **el Verdadero**, **el que tiene la llave de David**.

EL MENSAJE:

- **Elogio:** con poca fuerza, guardó su palabra; puerta abierta al lugar santísimo (1844)
- **Reproche:** no tiene; hay amor fraternal
- **Desafío:** retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona



PROMESA:

Una **columna** en el templo de Dios, con su nombre escrito.



Ahora, iglesia, según la palabra de Dios, es dos o tres que se congregan en su nombre.

Por eso vemos que las iglesias de Apocalipsis no representan a denominaciones. Éfeso no estaba reconocida por el Estado. No había una denominación que representase a Esmirna; estaban bajo persecución. Justamente en Pérgamo es cuando comienza un sector de la iglesia que apostata a ser reconocido por el Estado, que es la Iglesia católica, que es Jezabel. Y los que no eran de Jezabel no eran reconocidos, no tenían una denominación, pero eran la iglesia de Cristo. Lo mismo pasa con Sardis, e indudablemente también pasa con Filadelfia. Filadelfia comienza como una iglesia y luego se registra.

El Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David

Cristo se presenta y dice: «Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre» (Apocalipsis 3:7). Jesús quiere que veamos tres aspectos de su ser, de su naturaleza.

Los dos primeros puntos, santidad y veracidad, tienen que ver con su divinidad. Porque, ¿quién es el que es santo? Solo tú eres santo, dice la palabra. Y los demonios reconocieron, en Marcos 1:24, que Jesucristo era «el Santo de Dios». Segundo, cuando dice «el Verdadero», también se identifica aquí con Dios, porque el apóstol Pablo dice: «sea Dios verdadero, mas todo hombre mentiroso» (Romanos 3:4).

Ahora, la tercera parte de su presentación nos enfoca otro aspecto de su naturaleza.

¿Qué es esta llave? La única referencia bíblica está en Isaías 22:22, donde habla de un mayordomo de la casa de David, y dice: «Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá». La casa real: David era el rey, y la casa real significa entonces la entrada a la presencia del rey. Y esa llave la tenía Eliaquim en el sentido terrenal, simbólico. Así como el santuario terrenal era un símbolo del santuario celestial, el trono de David también es un símbolo del trono de Jesucristo.

El heredero de David según la carne

Ahora, ¿por qué Jesús tiene esa llave, si dice que es la llave de David? Por la autoridad, sí, pero no solamente eso: es que él es el heredero de David. En Romanos 1:3 dice que él fue «hecho de la simiente de David según la carne». Entonces, cuando habla de la llave de David, está enfatizando su humanidad. Es más, el ángel le dijo a María, y está en Lucas 1:32: «le dará el Señor Dios el trono de David su padre». ¿Cuál es el trono de David? Es el reino en la tierra. ¿Será el reino de la Jerusalén terrenal, o es el reino de la Jerusalén celestial? Está hablando de que Jesús tiene la llave de David del reino de la nueva Jerusalén. Está hablando del santuario celestial, del trono que está allí en el santuario celestial, que es el reino de Dios sobre la tierra. Yo tengo esa llave, y si yo voy a abrir la puerta del cielo, nadie la puede cerrar; y si yo la cierro, nadie la puede abrir.

Una puerta abierta delante de ti

Ahora, más que enfocarnos hacia el reino venidero, esta llave y esta puerta pasan por una etapa previa, y es la que está justo en el versículo siguiente, el versículo 8. «Yo conozco tus obras: he aquí, he dado una puerta abierta delante de ti, la cual ninguno puede cerrar; porque tienes un poco de potencia, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre» (Apocalipsis 3:8). Este versículo representa el elogio que le hace Jesús a la iglesia de Filadelfia, a los adventistas milleritas y luego del séptimo día.

En el versículo 8 él está haciendo uso de esa llave que ha mencionado en el versículo 7. ¿Y cuál es esa puerta? Si nosotros vamos a Daniel 7:10, entendemos que hay un juicio en el cielo que comenzó justamente poco después de 1798: «el Juez se sentó, y los libros se abrieron». El juicio investigador. Y en ese juicio, dicen los versículos 13 y 14 de Daniel 7, el Hijo fue traído ante el Padre; y al Hijo del hombre que vino al Padre, «fuéle dado señorío, y gloria, y reino» (Daniel 7:14). Por eso es que él tiene la llave y el reino.

Y como tiene la llave del reino que se le está dando en ese juicio, ¿qué hace él? No entra solo. Acuérdense que él les dijo a sus discípulos: «para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:3). Entonces, en Apocalipsis 11:19 vemos esa puerta abierta. Según Apocalipsis 11:19, ocurre durante la séptima trompeta.

La puerta del lugar santísimo y el arca del pacto

¿Y cuál puerta fue abierta? Porque allá en el cielo hay dos puertas: está la puerta del lugar santo y está la puerta del lugar santísimo. Si seguimos leyendo, dice: «Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su testamento fue vista en su templo» (Apocalipsis 11:19). Entonces, ¿qué puerta fue abierta? La puerta del lugar santísimo.

Esta es otra evidencia por la cual Filadelfia ocurre en ese período que va del 40 al 52. En ese período el Hijo del hombre viene al Padre, al juicio, y a recibir el reino, el reino de David su padre.

Hay una cita interesante de Primeros escritos que nos habla justamente de esta visión: «Vi que Jesús había cerrado la puerta del lugar santo, y nadie podía abrirla; y que había abierto la puerta que da acceso al lugar santísimo, y nadie puede cerrarla» (Elena G. de White, Primeros escritos, p. 42). Pero en el momento en que él abre la puerta del santísimo, cierra la puerta del lugar santo. Nadie podía decirle a Jesús: «No, yo no te quiero en el lugar santísimo, yo te quiero en el lugar santo».

La luz de los mandamientos y la prueba del sábado

Sigamos leyendo la cita: «y que desde que Jesús abrió la puerta que da al lugar santísimo, que contiene el arca, los mandamientos han estado brillando hacia los hijos de Dios, y éstos son probados acerca de la cuestión del sábado» (Primeros escritos, p. 42). Quiere decir que en este momento es cuando el mundo, en la tierra, puede lograr ver en sentido espiritual la vigencia de los mandamientos.

Porque, ¿qué tres cosas están dentro del arca del pacto? Las tablas de los mandamientos de Dios, el maná y la vara de Aarón. O sea, que antes de ese momento no existía la prueba del sábado.

Por eso hay gente que pregunta: «¿Por qué Lutero no conoció el sábado? ¿Cómo es que se va a salvar?». Porque no había llegado la prueba, porque Dios nos prueba a cada quien según la luz que tenemos. Ahora sí ha llegado la luz. En Filadelfia Jesús abre la puerta. Imaginémonos que el lugar santísimo está lleno de luz, y cuando Jesús abre la puerta, esa luz sale y alumbra todo lo que logra ver allí.

Cuando se abre la puerta del lugar santísimo, la luz que está ahí dentro brilla, y brilla especialmente a los que están con su mirada hacia el lugar santísimo. Les llega la luz del sábado; les da acceso al juicio, según Daniel. Si usamos la frase de Daniel 8, acceso a la purificación del santuario. O si usamos la forma como lo presentan Mateo 22 y Mateo 25, comienzan las bodas, y las bodas son justamente cuando Cristo asume el señorío de la nueva Jerusalén, asume el reino.

«Un poco de potencia»: ¿cuándo nace la Iglesia Adventista del Séptimo Día?

Dice el mismo versículo: aunque tienes un poco de potencia, has guardado mi palabra. Esto representa indudablemente la condición del movimiento millerita, e inclusive de la Iglesia Adventista en sus inicios. ¿cuándo nace la Iglesia Adventista del Séptimo Día?

Nosotros siempre respondemos 1863. Por la fundación, cuando se registró, porque en nuestra mente pensamos que la iglesia es cuando se registra ante el Estado.

La clave es que ellos eran adventistas desde Miller. Eran la iglesia adventista del primer día; pero, ¿cuándo se convierte en del séptimo día? Cuando abraza el sábado. Pero, ¿cuándo la iglesia abraza el sábado? El mensaje del sábado llegó a José Bates, a Jaime White y a Elena de White en el 46. Pero como iglesia, en 1848, que es cuando comienzan a enseñarlo; ahí nace la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Entonces, ¿qué nace en 1863? La denominación adventista del séptimo día.

Pobres, pero con la palabra que es poder

La iglesia de Filadelfia incluye las dos. Si va desde el 40 hasta el 52, Filadelfia incluye la primera etapa, que fue la iglesia adventista, vamos a decirle millerita, y luego incluye la primera parte de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, cuando ya comienzan a abrazar el sábado y están allí los pioneros. Es cuando se cumple la cita de Elena de White que dice que muchos de nuestros hermanos no comprenden cuán firmemente fueron establecidos nuestros fundamentos. Ella nombra a su esposo, al pastor José Bates, al padre Pierce, al pastor Hiram Edson y a otros que eran perspicaces: se reunían, oraban, estudiaban, y cuando no llegaban a algo concreto, el Espíritu de Dios venía sobre ella (Mensajes selectos, t. 1, p. 241). Toda esa experiencia también es parte de la iglesia de Filadelfia.

Y justamente ahí es cuando dice que tenían poca fuerza, porque estaban apenas naciendo. Las otras iglesias protestantes tenían años de haberse fundado, tenían templos, algunas tenían hospitales, tenían reconocimiento del Estado; pero este movimiento, esta Iglesia Adventista, todavía no era una denominación. Acuérdense que el sistema del diezmo y de las ofrendas entra en la iglesia tan tarde como 1876. O sea, que los que eran ministros y obreros lo eran por su cuenta, de sostén propio.

Tenían poca fuerza, pero tenían una puerta abierta. La importancia que tiene es que esa luz que viene es la palabra de Dios, y esa palabra es poder.

Una iglesia sin reproche

Hemos dicho que todas las iglesias tienen un saludo, luego un elogio y luego un reproche. ¿Qué le reprocha Cristo a la iglesia adventista millerita y a la Iglesia Adventista del Séptimo Día de los pioneros? Nada. ¿Qué otra iglesia en Apocalipsis tampoco tiene reproche? Esmirna, la de la persecución.

No hay reproche porque la Biblia dice en Gálatas 5, cuando habla de los frutos del Espíritu: «Mas el fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley» (Gálatas 5:22-23). O sea, el reproche es cuando alguien se ha apartado de los mandamientos de Dios; pero cuando alguien está dando los frutos del Espíritu, no hay reproche.

Además de eso, no tiene solamente una teoría de los mandamientos: tiene un amor fraternal, que dijimos que es lo que significa la palabra Filadelfia. Y eso describe precisamente la experiencia de los adventistas, ya sean milleritas o pioneros. Eran una iglesia y miembros que se amaban de verdad, de corazón. Por eso también tiene que ver con los mandamientos, porque Pablo, tanto en Romanos 13 como en Gálatas, dice que el cumplimiento de la ley es el amor: «Porque toda la ley en aquesta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas 5:14). Entonces, si ellos amaban con amor fraternal a su prójimo, no había ley contra ellos.

La sinagoga de Satanás: Jesús no los reprocha, pero otros sí

Pero ahora viene la parte tremenda,. Dice el versículo 9: «He aquí, yo doy de la sinagoga de Satanás, los que se dicen ser Judíos, y no lo son, mas mienten; he aquí, yo los constreñiré a que vengan y adoren delante de tus pies, y sepan que yo te he amado» (Apocalipsis 3:9). En el mensaje a Esmirna, que es la otra que no tiene reproche, también aparecen los falsos judíos, la sinagoga de Satanás, y dice que ellos blasfeman (Apocalipsis 2:9). Jesús no reprocha a la iglesia de Filadelfia. Pero, ¿quién sí los reprocha a ellos? En la profecía, la sinagoga de Satanás, que son los que se dicen ser judíos y no lo son. Pero hay gente que hasta el sol de hoy sigue reprochando a los milleritas y a los pioneros, y burlándose. Y muchos se dicen inclusive adventistas.

¿Quiénes son los falsos judíos?

Los falsos judíos son los que no lo son según el corazón. En Romanos 2:28-29, el apóstol Pablo dice: «Porque no es Judío el que lo es en manifiesto; ni la circuncisión es la que es en manifiesto en la carne: mas es Judío el que lo es en lo interior; y la circuncisión es la del corazón». Ese es el verdadero judío, y por tanto el falso judío es el que no tiene la circuncisión del corazón y no lo es internamente. No es una cuestión de nacionalidad o de raza; es cuestión del corazón, de la fe.

Por tanto, entendemos que los falsos judíos son tanto los judíos según la carne que no creen en Jesús, como los cristianos de nombre que no creen lo que Jesús dijo de los mandamientos, que no guardan los mandamientos, que van en contra de los mandamientos. Y en eso entran los judíos según la nacionalidad y entra todo lo que en la profecía se llama el protestantismo apóstata, porque han apostatado: tienen nombre de que viven, pero están muertos. Se dicen ser judíos, porque judío representa ser el pueblo de Dios; se dicen ser del pueblo de Dios, pero realmente no lo son. Porque son rebeldes, específicamente a los mandamientos de Dios.

Y además de que son rebeldes a los mandamientos de Dios, otra característica que se menciona aquí, y aquí es donde entran muchos que se dicen adventistas y no lo son, es que se burlan de Filadelfia. Hay un pastor que se apellida Polanco y se llama Vladimir, creo, Vladimir Polanco, que ha dicho públicamente, y está grabado, y en este canal lo hemos denunciado, que no ha habido más grandes herejes que los

pioneros de la Iglesia Adventista. Y como él, la gran mayoría de los líderes de la denominación adventista, no de la Iglesia Adventista, de la denominación adventista, también reprochan a los pioneros: los reprochan porque dicen que tenían muchos errores, reprochan su conducta.

Entonces, indudablemente, la actitud que asumen con referencia a los pioneros, que son Filadelfia, evidencia que ellos son parte, o por lo menos están al lado, de la sinagoga de Satanás. Se dicen ser protestantes y no lo son. Se dicen ser adventistas y no lo son, sino que son sinagoga de Satanás.

La promesa: adorarán delante de tus pies

Ahora, ¿qué promete Jesús a los pioneros y a aquellos que también están siguiendo la Iglesia Adventista del Séptimo Día de los pioneros, en Apocalipsis 3:9? Dice: yo los constreñiré a que vengan, número uno; y adoren delante de tus pies, número dos; y número tres, y sepan que yo te he amado; no a ellos, sino a ti.

«Vi que los sacerdotes que conducían a su grey a la muerte serán pronto detenidos en su terrible carrera». Los sacerdotes; es decir, está hablando de la Iglesia católica. «Se acercan las plagas de Dios», las siete plagas postreras, «pero no bastará que los falsos pastores sean atormentados por una o dos de esas plagas». Cuando habla de los falsos pastores, ¿de quién está hablando? Del protestantismo apóstata y del adventismo apóstata.

«En aquel tiempo», o sea, en el tiempo de las plagas, «la mano de Dios será extendida con ira y justicia y no se retirará hasta que

los propósitos de él se hayan cumplido plenamente, hasta que los sacerdotes asalariados sean inducidos a adorar a los pies de los santos». Atención: no es que van a adorar a los santos, porque el Señor no acepta que se adore a otro que no sea él; está hablando de adorar a Dios, pero a los pies de los santos, delante de ellos. «y a reconocer que Dios los amó porque se aferraron a la verdad y guardaron los mandamientos de Dios, y hasta que todos los injustos sean destruidos de la tierra» (Primeros escritos, p. 124).

Interesante esta cita, porque nos ubica el cumplimiento de Apocalipsis 3:9 en las siete plagas postreras. También nos identifica quiénes son los falsos judíos: los sacerdotes y los falsos pastores del protestantismo apóstata y del adventismo apóstata.

El lavamiento de los pies y el reconocimiento que vendrá

La otra cita, en la página 15, dice: «Entonces conoció la sinagoga de Satanás que Dios nos había amado». Cuando enfatizo la palabra «nos» es porque está hablando Elena de White de ellos; o sea, que ellos, los pioneros, están incluidos en esa promesa. «A nosotros que podíamos lavarnos los pies unos a otros y saludarnos fraternalmente», acuérdense, fraternalmente, de Filadelfia, «con ósculo santo, y ellos adoraron a nuestras plantas» (Primeros escritos, p. 15); quiere decir, a nuestros pies. De todas las iglesias cristianas, los únicos que hemos reconocido y practicamos el lavamiento de los pies somos los adventistas. Esto es lo que ellos

también rechazan, y es una de las cosas que la hermana White enfatiza en esta cita en relación con la promesa.

Los pioneros, toda la Iglesia Adventista del Séptimo Día pionera y todos nosotros que estamos en esa línea, no debemos esperar reconocimiento antes del fin del tiempo de gracia. Cuando se habla del reproche, una de las cosas que se reprochaba a la Iglesia Adventista de los primeros es que eran una secta, y también a nosotros se nos reprocha que somos una secta. Pero no debemos buscar ningún tipo de reconocimiento antes del fin del tiempo de gracia, porque no vendrá. A menos que apostatemos y nos unamos con ellos en sus apostasías; ahí sí nos van a reconocer.

El reconocimiento vendrá, como dice la promesa, cuando Dios los constriña a que vengán, se postren y reconozcan que somos los amados del Señor. ¿Y cómo piensan salir del estado de Laodicea quienes se jactan de que son Laodicea?

La hora de la prueba

«Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra» (Apocalipsis 3:10). Noten que este versículo nos hace entender que este mensaje no era solamente para la iglesia local de Filadelfia, porque está hablando de una hora de prueba al mundo entero. Es un mensaje que va a la iglesia de Cristo en el momento en que está en el mundo entero, a la Iglesia Adventista.

¿Cuál es la hora de prueba? Está en Apocalipsis 13, cuando habla de una prueba

mundial para que todos los moradores de la tierra adoren a la bestia y a su imagen. Y el Señor dice que, como hemos guardado la palabra de su paciencia, él nos guardará en la hora de la prueba, en la hora de la ley dominical. Por eso esta expresión, «la palabra de mi paciencia», es parecida a Apocalipsis 14:12: «Aquí está la paciencia de los santos». No nos va a sacar de la prueba, pero nos va a proteger durante la prueba.

«Retén lo que tienes»: la fe adventista original

El versículo 11 es el desafío antes de la promesa. El llamado en Apocalipsis 3:11 dice: «He aquí, yo vengo presto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona». Pero, ¿qué es lo que tenía Filadelfia que tenía que retener? Su fe y sus obras. ¿Y cuáles son su fe y sus obras? Todo el mensaje: has guardado mi palabra, no has negado mi nombre. Todo el mensaje adventista de la Iglesia Adventista de los pioneros, porque esa es Filadelfia. Tenemos que retener esa doctrina, esa palabra, esa fe. Por tanto, todo aquel que se ha apartado de esa fe adventista original ha perdido y está perdiendo la corona. Y a menos que se arrepienta, y vuelva a retener lo que tiene Filadelfia, no tendrá la corona de vida. Aquí está sellado con sangre, escrito con letras de fuego: retén lo que tienes. Y si retienes lo que tienes, se cumplirá la promesa.

La promesa al vencedor: «mi Dios», tres veces

La promesa final, en Apocalipsis 3:12: «Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalem, la cual descende del cielo de con mi Dios, y mi nombre nuevo». Jesús repite una frase tres veces, justamente tres veces para los trinitarios: dice «el templo de mi Dios», número uno; luego, «el nombre de mi Dios»; y luego, «la ciudad de mi Dios». Tres veces Jesús repite que su Padre no solo es su Padre, es su Dios. Por eso los trinitarios no estudian esto, porque no cuadra con esa teoría.

Ahora, usted nunca va a encontrar un texto donde el Padre le diga al Hijo: «Tú eres mi Dios». Sí vamos a encontrar un texto en Hebreos que hace eco del Salmo 102, donde el Padre dice: «Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra; y los cielos son obras de tus manos» (Hebreos 1:10; Salmo 102:25). O sea, el Padre reconoce que su Hijo es Dios. ¿Por qué? Ya sabemos que el Padre es la cabeza. Es interesante que esta repetición que se hace tres veces, que destruye tres veces la trinidad, pertenezca al mensaje de la iglesia de Filadelfia, de los pioneros, que no tienen reproche. Ojo: los pioneros no tienen reproche; Laodicea sí tiene reproche.

Los 144.000, vencedores de Filadelfia

¿Qué significa esta promesa? Columna en el templo de mi Dios, y tendrá escrito sobre su frente el nombre de Dios y el nombre de la ciudad, que es la nueva Jerusalén: «Dios, nueva Jerusalén». El nombre nuevo de Jesús no está revelado aquí, porque es un

nombre nuevo; solamente lo conoceremos si somos vencedores.

¿Dónde aparece en la Biblia un grupo de personas a quienes se les coloca el nombre del Padre y del Hijo en la frente? En Apocalipsis 14:1. El cumplimiento de esa promesa lo vemos allí: «Después miré, y he aquí el Cordero estaba en pie sobre el monte de Sion», justamente la ciudad de Jerusalén, «y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente» (Apocalipsis 14:1, RVR1960). ¿a qué iglesia pertenecen los 144.000? A Filadelfia. Los 144.000 son los vencedores de la iglesia de Filadelfia, no de Laodicea. Por eso tenemos que volver a Filadelfia. [Nota del editor: la Reina-Valera 1909 dice solo «que tenían el nombre de su Padre escrito en sus frentes»; muchos manuscritos griegos antiguos, y el texto crítico en que se basa la RVR1960, incluyen ambos nombres, el del Cordero y el de su Padre.]

«Los 144.000 estaban todos sellados y perfectamente unidos. En su frente llevaban escritas estas palabras: "Dios, nueva Jerusalén", y además una brillante estrella con el nuevo nombre de Jesús» (Primeros escritos, p. 15).

«Los impíos se enfurecieron al vernos en aquel santo y feliz estado, y querían apoderarse de nosotros para encarcelarnos». Acuérdense de Apocalipsis 13, que habla del decreto de muerte. «Cuando extendimos la mano en el nombre del Señor y cayeron rendidos en el suelo». «Entonces conoció la sinagoga de Satanás que Dios nos había amado, a nosotros que podíamos lavarnos los pies unos a otros y saludarnos

fraternalmente con ósculo santo, y ellos adoraron a nuestras plantas» (Primeros escritos, p. 15). Ahí está la cita más completa, la que menciona las dos cosas de Filadelfia, tanto la promesa como lo de la sinagoga de Satanás, y todo aplicado a los 144.000.

Conclusión

Esta promesa aún no se ha cumplido. ¿Por qué no se ha cumplido aún? Porque no han terminado de ser sellados los que van a ser sellados. No han terminado de entrar los que tienen que entrar a la iglesia de Filadelfia, por la puerta abierta. Acuérdense que el Señor no quiere la muerte del impío, y no quiere «que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3:9). El Señor no vino antes porque estaba esperando que yo entrase por la puerta. Yo entré por la puerta entre 1995 y el 2012. ¿Y quiénes son los que él hará que se postren? La sinagoga: los falsos pastores, los falsos sacerdotes, el protestantismo apóstata y el adventismo apóstata.

Entonces, la puerta está abierta, y tenemos no solo que entrar, sino mantenernos dentro: dentro del lugar santísimo, dentro de los mandamientos, dentro del maná, y dentro de la vara de Aarón; que ya no sería vara de Aarón, porque Aarón era un símbolo del sacerdocio de Melquisedec; sería entonces la vara de Melquisedec. Tenemos que mantenernos allí y seguir fieles y firmes, porque eso es lo que dice el llamado: «retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona». ¿Queremos mantenernos en Filadelfia?

ELENA DE WHITE

LA EXPERIENCIA: GENUINA O FALSA (P.2)

The Health Reformer, 1 de Julio de 1872**LA EXPERIENCIA: GENUINA O FALSA, Y SU EFECTO EN LOS ENFERMOS (2.ª PARTE)****The Health Reformer, 1 de julio de 1872**

El Señor rodeó a Adán y Eva en el Paraíso de todo lo que era útil y hermoso. Dios plantó para ellos un hermoso huerto. No faltaba ninguna hierba, ni flor, ni árbol que pudiera servir de provecho y de adorno. El Creador del hombre sabía que esta obra de sus manos no podría ser feliz sin ocupación. El Paraíso deleitaba sus almas, pero esto no era suficiente; debían tener trabajo para poner en ejercicio los órganos del cuerpo. El Señor los había hecho para ser de utilidad. Si la felicidad consistiera en no hacer nada, el hombre, en su estado de santa inocencia, habría sido dejado sin ocupación. Pero Aquel que formó al hombre sabía lo que sería para su mayor felicidad, y apenas lo hizo, le dio su trabajo señalado. Para ser feliz, debía trabajar.

Aquellas jóvenes que rehúyen los afanes en su juventud y no están dispuestas a llevar cargas no estarán capacitadas para ser esposas útiles ni para la responsable posición de madres. Ciertamente decepcionarán a los hombres que se casen con ellas. Las que se inclinan a apoyarse en otros, en lugar de depender de las facultades que Dios les ha dado, son inútiles en lo que

a la vida práctica se refiere. Si en su juventud hubieran sido disciplinadas en la confianza en sí mismas y en el dominio propio, habrían tenido una noble independencia al presentarse en el escenario de la acción.

¿Cómo puede alguien decir que no tiene nada que hacer en este mundo de necesidad, enfermedad, desengaño, desaliento y desesperación? ¿No hay corazones que bendecir con obras de caridad? ¿No hay penas y dolores que compartir y aliviar con palabras de simpatía y de tierno y santo aliento? La mente ocupada en esta buena obra cobrará vigor. Los sentimientos por las penas ajenas apartarán la mente de la queja y conducirán al olvido del sufrimiento real. Un carácter alegre y una mente esperanzada harán mucho por curar las verdaderas enfermedades del organismo; porque un corazón alegre vitaliza y da salud a todo el organismo.

El no tener nada que hacer debería considerarse una maldición temible. Quienes pueden comer con regularidad y de buena gana, y tienen el uso de sus miembros, no deben sentirse dispensados del trabajo útil. Muchos comen con regularidad, pero se quejan constantemente de indisposición y languidez. Tales personas necesitan las ventajas que da una ocupación regular, que interese y ocupe la mente. Si

permanecen inactivas, tendrán el hígado torpe, que obstruye la circulación de la sangre. Los que figuran en la lista de enfermos y, sin embargo, se entregan al apetito comiendo con exceso, mientras descuidan el ejercicio, se hacen un gran daño. Introducen en el estómago más alimento del que el organismo puede despachar y convertir en buena sangre mientras permanecen inactivos, y las fuerzas vitales se ven gravadas en un grado mucho mayor que si estuvieran dedicados a un trabajo serio. La fuerza nerviosa del cerebro se ve indebidamente gravada al ser llamada a compartir el trabajo del estómago sobrecargado.

La inclinación de algunos a descuidar el ejercicio adecuado, aun cuando se sienten indispuestos, impone una carga a ciertos órganos, mientras otros se debilitan por la inacción. El organismo se obstruye con materias de desecho que es imposible expulsar, y con frecuencia el resultado es la parálisis. El ejercicio físico es muy esencial para el vigor saludable de los órganos del cuerpo.

En muchos casos, una ocupación alegre resultará más beneficiosa para recobrar la salud que ser tratado en una casa de curación por el agua, mientras el paciente continúa con los mismos hábitos indolentes que lo debilitaron tanto como para necesitar tratamiento. Los que una vez despiertan de verdad a la responsabilidad individual y comprenden las bendiciones que resultan de tener un propósito y una meta en la vida, encontrarán bastante que hacer y no se los podrá inducir, mientras vivan, a contentarse con simplemente comer, y respirar, y no hacer nada para que su vida sea una

bendición para otros. Entonces temerán la indolencia más que la enfermedad.

Los que no ven nada por lo cual vivir, cuya vida carece de propósito y que andan de un lado a otro mecánicamente, sienten que el trabajo es una carga. Les faltan ánimo y energía. Mientras se sientan así, no pueden darse cuenta del vigor saludable que da el ejercicio, y se inclinan a dejar perder todas sus facultades, en lo que a fines prácticos se refiere, en el embotamiento y una insensibilidad de plomo. El pesado letargo que experimentan podría vencerse, si la cura mental pudiera alcanzarlos. Necesitan que el corazón sea reanimado por el vigor saludable del ejercicio. Una dieta sobria, el perfecto dominio del apetito, el recurrir a la voluntad en su ayuda y el dedicarse a un trabajo saludable electrizarán, en verdad, la fuerza nerviosa para resistir la enfermedad, que a menudo es provocada y fomentada por la indolencia y la pereza de moda.

Los cristianos deben sentir que no tienen derecho a ser otra cosa que sanos, en cuanto esté en su poder; pues la salud del cuerpo influye directamente en el carácter religioso. La debilidad y la lasitud, que sobrevienen a consecuencia de la sobrecarga de alguno de los órganos, o como resultado de la inacción de algunos o de todos los órganos, afectan seriamente el alma. El mal humor y el egoísmo ocupan el lugar de la fe religiosa alegre y esperanzada. Las cualidades superiores de la mente se empañan, y fuertes impulsos dominan todo el ser, en lugar de la serena razón y el juicio santificado.

Salir a pasear al aire libre en coche es beneficioso hasta cierto punto; pues es

mucho mejor estar bajo el sol que encerrado entre paredes, privado del aire vivificante del cielo. El ejercicio de pasear en coche es especialmente necesario para los enfermos muy débiles y las personas lisiadas o achacosas por la edad, que no pueden dedicarse a un ejercicio activo caminando o trabajando. Pero muchos que tienen el uso de sus músculos y miembros permiten con frecuencia que su ejercicio consista principalmente en pasear en coche. Dependen del caballo y del carruaje para ir incluso a una distancia corta, porque piensan que se cansarán si hacen el esfuerzo de ejercitarse caminando. Aquí muchos se privan de un beneficio real, en perjuicio suyo. Las facultades de movimiento que ejercitan al subir y bajar de un carruaje, y al subir y bajar escaleras, podrían ejercitarse igualmente caminando y cumpliendo los deberes ordinarios y necesarios de la vida. Algunos soportan una gran fatiga al pasear en coche casi cualquier distancia, pero piensan que no tienen fuerza suficiente para dedicarse a los deberes domésticos. Su dificultad consiste más en su imaginación que en su incapacidad para hacer. Tienen una fuerza que, si se la pusiera en uso práctico, lograría mucho bien y haría más felices a los miembros de la familia. Estas personas no alcanzan el grado de fuerza física que es su privilegio, porque no hacen su parte. Dios nos ha dado una obra que hacer que no se propone hacer por nosotros. Debemos movernos por principio, en armonía con la ley natural, sin tener en cuenta el sentimiento. Muchos no podrán hacerlo de una vez, pero pueden llegar a ello gradualmente, con fe, creyendo que Dios

será su ayudador y los fortalecerá para realizarlo.

El conocimiento obtenido por la experiencia de que pueden hacer algún bien les dará mayor fuerza, ánimo y vigor.

El ejercicio, para ser de decidida ventaja, debe sistematizarse y aplicarse a los órganos debilitados, a fin de que se fortalezcan con el uso. La cura por movimientos es una gran ventaja para una clase de pacientes demasiado débiles para hacer ejercicio. Pero que todos los enfermos confíen en ella, haciendo de ella su dependencia, mientras descuidan ejercitar ellos mismos sus músculos, es un grave error.

Miles de personas enferman y mueren a nuestro alrededor que podrían sanar y vivir si quisieran; pero su imaginación las retiene, temiendo empeorar si trabajan o hacen ejercicio, cuando este es precisamente el cambio que necesitan para sanar. Sin él, nunca podrán mejorar. Deben ejercitar el poder de la voluntad, elevarse por encima de sus dolores y su debilidad, dedicarse a una ocupación útil y olvidar que les duelen la espalda, los costados, los pulmones y la cabeza. La falta de ejercicio de todo el organismo, o el descuido de ejercitar una porción del cuerpo, producirá condiciones mórbidas. La inacción de cualquiera de los órganos será seguida de disminución del tamaño y de la fuerza de los músculos, y hará que la sangre fluya con lentitud por los vasos sanguíneos.

Los que son débiles e indolentes no deben ceder a la inclinación a la inactividad ni privarse de aire y de luz del sol, sino que deben ejercitarse al aire libre, caminando o trabajando en el jardín. Sin duda se

fatigarán mucho; pero esto no les hará daño. Experimentarán cansancio; sin embargo, esto no les perjudicará, sino que el descanso les será más dulce después. La inacción debilita los órganos. Y cuando se usan los músculos que han estado ociosos, se experimentan dolor y cansancio porque se han debilitado. No es buena política renunciar al uso de ciertos músculos porque se siente dolor cuando se los ejercita. El dolor es con frecuencia causado por el esfuerzo de la naturaleza para dar vida y vigor a aquellas partes que han quedado parcialmente sin vida por la inacción. El movimiento de estos músculos largamente en desuso causará dolor porque la naturaleza los está despertando a la vida.

Caminar, en todos los casos en que sea posible, es el mejor ejercicio, porque al caminar entran en acción todos los músculos. Muchos que dependen de la cura por movimientos podrían, con el ejercicio, lograr más para sí mismos de lo que los movimientos pueden hacer por ellos. No hay ejercicio que pueda reemplazar al caminar. La falta de ejercicio hace que los intestinos se debiliten y se encojan. El ejercicio fortalecerá estos órganos que se han debilitado por falta de uso. La circulación de la sangre mejora grandemente con el acto de caminar. El uso activo de los miembros será de la mayor ventaja para los enfermos.

Dios nos ha dado a todos algo que hacer. En el cumplimiento de los diversos deberes que hemos de realizar, que se presentan en nuestro camino, seremos felices y nuestra vida será útil. No solamente ganaremos fuerza física con el ejercicio, sino que la mente irá adquiriendo fuerza. El ejercicio de

un grupo de músculos, mientras otros quedan sin nada que hacer, no fortalecerá a los inactivos, como tampoco el uso continuo de uno de los órganos de la mente desarrollará y fortalecerá a los que no se emplean. Cada facultad de la mente y cada músculo tienen su función distintiva, y todos requieren ser ejercitados por igual para desarrollarse debidamente y conservar el vigor saludable. Cada órgano y cada músculo tiene su obra que hacer en el organismo viviente. Cada rueda de la maquinaria debe ser una rueda activa, que trabaje. Las obras finas y admirables de la naturaleza necesitan mantenerse en activo movimiento. Todas las facultades influyen unas sobre otras, y todas necesitan ejercitarse para desarrollarse debidamente. Si un músculo se ejercita más que otro, el que se usa llegará a ser mucho mayor y perjudicará la armonía del organismo. Una variedad de ejercicio pondrá en uso todos los músculos y ayudará a su desarrollo perfecto, teniendo todos igual fuerza para realizar la obra distintiva para la cual Dios los destinó. Entonces podremos cumplir la exhortación del apóstol inspirado: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro racional culto» (Romanos 12:1).

«E. G. W.»

Católicos, Protestantes y Adventistas Apóstatas están

UNIDOS CONTRA LA VICTORIA DIVINO-HUMANA DE JESÚS

Por: John García

Católicos, Protestantes y Adventistas UNIDOS EN CONTRA de la VICTORIA DIVINO-HUMANA de Jesús Dos preguntas decisivas

El tema del estudio de hoy es la victoria divino-humana de Jesús. Y no tienen otra cosa más que pseudocristianos unidos en contra de la carne de pecado de Jesús, en contra de la victoria divino-humana.

Vamos a comenzar con la introducción y con la pregunta: ¿qué naturaleza humana tomó Jesús cuando vino a este mundo, y cómo venció? Es una respuesta de la cual depende si podemos comprender a Jesús como nuestro ejemplo, y si podemos apropiarnos de la victoria que Jesús tuvo y que también puede ser nuestra.

Muchos llevan el nombre de cristianos hoy, pero se están uniendo no solamente en un movimiento ecuménico orgánico, sino que también se están uniendo en beber del mismo vino, en este caso en contra de una doctrina, que es la de que Jesús tenía carne de pecado.

¿Qué es el pecado y qué es la tentación?

El pecado es el resultado de caer en la tentación. Jesús nos enseñó a orar lo siguiente, que está en Mateo 6:13: «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal: porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén».

Si yo venzo el pecado, ¿qué se promete? «Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque cuando fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (Santiago 1:12).

¿Quién tienta? Santiago 1:13 lo dice: «Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de Dios: porque Dios no puede ser tentado de los malos, ni él tienta a alguno». La tentación no viene de Dios, viene del enemigo. Pero el enemigo nos tienta a través de nuestra humanidad. Eso lo dice 1 Corintios 10:13: «No os ha tomado tentación, sino humana». Pero mira que el versículo mismo nos da la solución: «mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar; antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar». Así que no tenemos para decir: «Ay, es que no puedo vencerlo». No: el Señor permitió que

tú fueses tentado, pero también proveyó una salida de la tentación.

El proceso de la tentación según Santiago

La tentación, exactamente, ¿qué es? Ser incitado, inducido, llevado, impulsado a pecar; es decir, a transgredir, a desobedecer, a anular o a quebrantar la ley. «Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído, y cebado. Y la concupiscencia, después que ha concebido, pare el pecado: y el pecado, siendo cumplido, engendra muerte» (Santiago 1:14-15).

Quiere decir que primero el pecado ocurre en la mente: primero yo consiento en hacer eso malo, y después, cuando lo ejecuto en un acto pecaminoso, entonces engendra la muerte.

Primero somos atraídos, luego somos seducidos, luego viene la concepción en la mente, luego se ejecuta el pecado: se engendra, nace la muerte.

Aquí, en este versículo, se ve que el elemento fundamental para la tentación es que exista la concupiscencia. Ahí comienza la tentación: teniendo concupiscencia, comienza la atracción. Pero si no hay concupiscencia, no hay tentación.

¿Qué es la concupiscencia?

Según el diccionario de la Real Academia Española, la palabra concupiscencia significa apetito desordenado de placeres

deshonestos. Es un apetito, un gusto desordenado por los deseos.

¿Por qué es desordenado? Dios creó la necesidad de comer; eso es algo que Dios creó en la carne. Pero la carne de pecado, o la concupiscencia del comer, consiste en que queremos comer las cosas que no son saludables, que solamente agradan al apetito, y al apetito pervertido. El apetito desordenado, o sea, el gusto desordenado, ya no va conforme a un orden, conforme a una ley, sino conforme a un placer. Esa es la concupiscencia del apetito.

El apetito que Dios creó en Adán perfecto solamente era para satisfacer la necesidad de comer, para impulsarnos a comer. Pero luego del pecado, ese apetito se convirtió en un apetito desordenado, en un deseo de comer cosas solo por el placer. Entonces, como tenemos esa concupiscencia en la carne, la tentación viene a atraernos. Se nos provee una variedad de alimentos, entre comillas, de cosas que se comen por el placer, y nosotros somos atraídos por ellos, por los ojos, por el sabor. Pero no analizamos si eso, aunque sabe bien, realmente aporta los nutrientes que necesito y no aporta ningún antinutriente.

Antinutriente llamamos a todo aquello que no nutre, sino que daña: algún químico o cualquier otra cosa que haga daño. Puede ser un colorante químico, puede ser una grasa animal, pueden ser cantidades excesivas de azúcar. Hay que diferenciar: el deseo bueno que Dios creó, el hambre; y el deseo pervertido, que es el apetito

pervertido, la concupiscencia. A partir de allí somos atraídos. Esa es la tentación. Si vamos a las palabras originales, en griego es *epithymía*, que es deseo, pasión, codicia.

Ser atraído no es pecado

La atracción, la tentación en sí misma, no es pecado. Según Santiago, el pecado aparece cuando se concibe. O sea, somos atraídos, y el ser atraído no es pecado; sino cuando yo soy seducido y concibo, ahí comienza el pecado.

Seducidos, ya somos atrapados, ya no hay vuelta atrás, ya es el punto de no retorno.

Tentados desde afuera y desde adentro

Entonces, la concupiscencia, esa atracción, ¿de dónde viene? De ambos lugares. De afuera viene cuando el tentador se llegó a Jesucristo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se hagan pan» (Mateo 4:3). Las circunstancias también pueden tentarnos. ¿Por qué? Porque las circunstancias tienen acceso a nuestra mente.

Ahora, de adentro viene, y lo dice también Jesucristo en Mateo 15: «Porque del corazón salen los malos pensamientos, muertes, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Estas cosas son», noten la frase de Jesús, «las que contaminan al hombre» (Mateo 15:19-20). O sea, fíjense, a veces no hace falta que el enemigo nos tienta: nuestro mismo corazón nos tienta.

Esto es según la escritura en el momento en que estamos ahora, no antes, cuando Dios nos creó. Cuando Dios creó, obviamente la tentación vino solamente de Lucifer.

La concupiscencia del corazón y de los ojos

También se habla en otros lugares de la concupiscencia del corazón: «Por lo cual también Dios los entregó a inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones» (Romanos 1:24). Acuérdense que corazón es la mente.

Génesis 8:21: «el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud». Y 1 Juan 2:16 también lo dice: «Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, no es del Padre, mas es del mundo». Hay una concupiscencia, un mal deseo, en la carne. La concupiscencia de los ojos tiene que ver con la mente: el deseo de ver cosas malas. Somos atraídos por afuera, por el corazón, que es la mente, y por los ojos.

Por eso es que Deuteronomio 4:19 nos habla de esto. «Y porque alzando tus ojos al cielo», atención, ojos al cielo, «y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, no seas incitado, y te inclines a ellos, y les sirvas». ¿Quién te incita? Tu corazón y el enemigo.

Tentados por la memoria y por los hábitos

O si vamos a hablar de la imaginación, miren Números 11:5, la experiencia del

«LA TENTACIÓN · SANTIAGO 1»

SER ATRAÍDO NO ES PECADO

La atracción no es pecado.
El pecado comienza cuando
somos seducidos y concebimos.

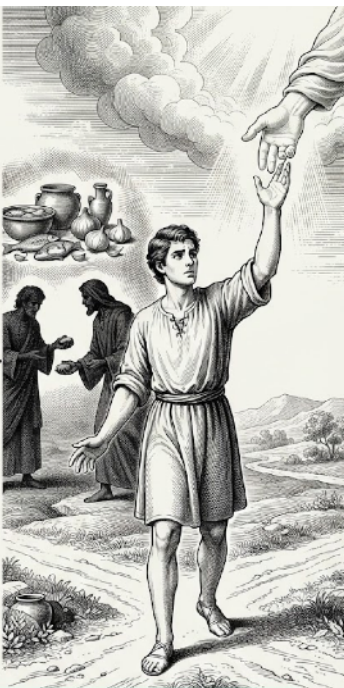
DE DÓNDE VIENE:

- De afuera: el tentador y las circunstancias (Mt 4:3)
- Del corazón, que es la mente (Mt 15:19)
- De los ojos, la memoria y los hábitos (Nm 11:5)
- De la carne: la ley de la herencia (Éx 20:5)



LA VICTORIA:

La debilidad humana se une a
la **fuerza divina.**



puerros, las cebollas y los ajos son sabores para condimentar los alimentos, con los que condimentaban la carne. Ellos estaban comiendo el maná, que casi no tenía sabor, porque sabía solamente a hojuelas con miel, un poquito dulce nada más. Y ese recuerdo de los sabores que tenían antes los llevó a rebelarse contra Dios: no queremos maná, queremos carne.

Fíjese cómo fueron tentados también: por su imaginación y por sus recuerdos de la mente. El enemigo no tuvo nada que hacer en ese momento.

Pedro habla de los que tienen «el corazón ejercitado en codicias» (2 Pedro 2:14).

pueblo de Israel en el desierto. Dice: «Nos acordamos», fíjense, la memoria, «del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los cohombros», o sea, los pepinos, «y de los melones, y de los puerros, y de las cebollas, y de los ajos». Y sigue diciendo: «Y ahora nuestra alma se seca; que nada sino maná ven nuestros ojos» (Números 11:5-6).

O sea, ellos se quejaban de que se acordaban de que en Egipto comían apetitoso. Miren que habla del pescado, la carne, y habla luego de los condimentos. El pepino y el melón tienen sabor dulce. Los

Estos están habituados a codiciar. Hay gente que tiene el corazón así, ejercitado en lo malo, y estamos en una situación débil. Por eso Jeremías 13:23 dice: «¿Mudará el negro su pellejo, y el leopardo sus manchas?». Es una pregunta retórica donde la respuesta es no, y luego Jeremías lo hace entender así: «Así también podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal».

La concupiscencia de la carne y la ley de la herencia

Además del corazón, que ya vemos que es la mente, está la carne. Lo dice 2 Pedro

2:18: «ceban con las concupiscencias de la carne». No hay tres tipos de concupiscencia, sino concupiscencia en tres lugares del ser humano: en la mente, en los ojos y en la carne. La carne quiere decir nuestro cuerpo. En todos esos lugares hay malos deseos.

Miren lo que dice Romanos 7:23 en relación con la carne: «Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu». ¿Quién gana en esta batalla entre la ley de los miembros y la ley de la mente? Según Romanos 7, en el hombre que es un fariseo, que todavía no conoce a Jesús, gana la ley del pecado que está en los miembros, porque dice: «y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros».

Esta ley, por el mandamiento, es la que produce la concupiscencia. Dice el mismo Romanos 7, versículo 5: «Porque mientras estábamos en la carne, los afectos de los pecados que eran por la ley, obraban en nuestros miembros fructificando para muerte». ¿Cómo es esto, que lo produce la ley?

Acuérdense del segundo mandamiento: «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso», atención, aquí viene la parte, «que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen» (Éxodo 20:4-5). En la ley está establecido que la maldad que hacen los padres se va a transmitir a sus hijos. Esa es la ley de la herencia. Por eso es que Pablo dice que los deseos de la carne son por la ley, porque el segundo

mandamiento de la ley de Dios establece la ley de la herencia.

Intención o tendencia: sinónimos de concupiscencia

La concupiscencia también se llama intención o tendencia. Hay sinónimos en la Biblia, y la Biblia hay que estudiarla por sinónimos. La Reina-Valera de 1909 dice: «Porque la intención de la carne es muerte; mas la intención del espíritu, vida y paz: Por cuanto la intención de la carne es enemistad contra Dios» (Romanos 8:6-7). Ahora, la Biblia de Jerusalén dice: «las tendencias de la carne son muerte». Vemos que la palabra tendencia o intención son sinónimos. La carne de pecado tiene tendencia o intención, y eso también se llama concupiscencia.

La debilidad humana unida a la fuerza divina

Ahora, el espíritu de profecía dice: «El cristiano sentirá la incitación al pecado. La carne desea vivamente la concupiscencia, oponiéndose al Espíritu; pero el Espíritu lucha contra la carne, manteniendo una continua batalla. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une a la fuerza divina, y la fe exclama: "Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo"» (Elena G. de White, Mensajes para los jóvenes, p. 79).

La victoria es divino-humana. La humana sin divinidad no vence nada.

Ahí está la clave. Lo que hemos estudiado hasta el momento es toda la debilidad humana. ¿Cómo es que se vence? Se necesita la fuerza divina, que la divinidad venga sobre la carne. Las tendencias en la carne, ya lo vimos, vienen de los genes paternos que heredamos: visito la maldad de los padres sobre los hijos. «El enemigo está tras la huella de cada uno de nosotros. Si queremos resistir las tentaciones que nos asaltan desde adentro y desde afuera, debemos asegurarnos de que estamos del lado del Señor» (A fin de conocerle, p. 303).

Adán fue tentado sin concupiscencia

¿Cómo fue tentado Adán? Desde afuera, porque Adán no tenía concupiscencia cuando fue creado. «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Génesis 1:31). Adán pecó a sabiendas. Lo dice Romanos 5:14: «aun en los que no pecaron a la manera de la rebelión de Adam». El pecado de Adán fue de rebelión, no de concupiscencia, porque Adán no tenía concupiscencia.

Nosotros hemos heredado el pecado, la naturaleza caída. No podemos entender las cosas que son del Espíritu de Dios: «Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios» (1 Corintios 2:14). Por naturaleza somos «hijos de ira» (Efesios 2:3), y somos tentados.

La conversión cambia la mente, no la carne

Cuando nos convertimos en Cristo, no cambia la carne. ¿Qué es lo que cambia,

entonces, en la conversión? La mente. Porque es lo que dice: nacer del espíritu, no nacer de carne. Cuando tenemos un nuevo nacimiento, es un nacimiento del espíritu, y el espíritu es nuestra mente. Entonces es una nueva mente, un nuevo corazón: «Dame un nuevo corazón, Señor; dame una nueva mente; dame nuevos deseos».

La carne que tomó Jesús

¿Qué carne tomó Jesús cuando vino? La Biblia dice en Juan 1:14: «Y aquel Verbo fue hecho carne». Pero Pablo es más específico en Romanos 8:3: «Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado». Jesús no tomó la carne de Adán. Jesús tomó la carne nuestra, la carne de pecado, la carne que tiene concupiscencia. O sea, Jesús tenía concupiscencia, pero ojo: en la carne, no en la mente, no en sus ojos.

Gálatas 3:16: «A Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como de muchos; sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo». Cristo es la simiente de Abraham, porque tenía los genes, la semilla, el esperma de Abraham. Hebreos 2:16 dice: «Porque ciertamente no tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham tomó». En el original, la palabra semilla en griego es esperma; quiere decir que tomó la genética de Abraham.

De la simiente de David según la carne

También lo dice Romanos 1:3: «Acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne». ¿Y qué material se

usó para la naturaleza humana de Cristo? La simiente, los genes de Abraham; no los de Adán antes de pecar, sino los de Abraham, o los de David. O sea, que tenía la carne de Abraham y la carne de David.

También lo dice Hechos 2:30: «le había Dios jurado que del fruto de su lomo, cuanto a la carne, levantaría al Cristo». Hechos 13:23: «De la simiente de éste», de la semilla, del esperma de David, «Dios, conforme a la promesa, levantó a Jesús». Y Apocalipsis 5:5 dice: «he aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido». Y lo dice Apocalipsis 22:16: «Yo soy la raíz y el linaje de David».

«Como cualquier hijo de Adán»

La hermana White no podía decir otra cosa que lo que dice en El Deseado de todas las gentes, página 32: «Como cualquier hijo de Adán, aceptó los efectos de la gran ley de la herencia. Lo que eran estos efectos se demuestra en la historia de sus antepasados terrenales».

Jesús sabía lo que tenía él en su carne. La ley del pecado, de Romanos 7:23; los deseos, de Efesios 2:3; los apetitos, de Colosenses 2:23; y las pasiones, según Gálatas 5:24: «Porque los que son de Cristo, han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias». Todas esas cosas que tiene la carne humana normal, pecaminosa, las tuvo Jesús. Dice Hebreos 2:17: «Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo». «por cuanto los hijos participaron de carne y

sangre, él también participó de lo mismo» (Hebreos 2:14).

Lo dice también Gálatas 4:4: «Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley». ¿De cuál mujer? De María. O sea, que la carne de Jesús la tomó de María, y la carne de María era carne de pecado. Jesús lo sabía, porque él mismo lo dijo en Mateo 26:41: «Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está presto, mas la carne enferma».

Tentado en todo según nuestra semejanza

¿Cómo fue tentado Jesús? ¿Sufrió Jesús la tentación? Sí: él «padeció siendo tentado» (Hebreos 2:18). ¿Fue tentado como Adán o como nosotros? La Biblia es clara en que no fue tentado como Adán, sino como nosotros: «Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

La inspiración dice que sentía toda la fuerza de la pasión de la humanidad, pero que nunca cedió a la tentación; o sea, nunca se sometió, nunca cayó, nunca fracasó en la tentación. En Mensajes selectos, tomo 1, página 318, dice que Jesús comprendió los alcances de la fuerza del apetito complacido y de las pasiones impías. Comprendió, experimentó, sintió: si tenía la carne de pecado, tenía por herencia apetito pervertido en su carne. Jesús comprendió, sintió el poder de la carne de pecado, pero no pecó jamás.

Sujetaba sus deseos a su misión

¿Por qué? Porque cada día sujetaba sus deseos estrictamente a su misión. Eso dice El ministerio de curación, página 12. O sea, Jesús tenía deseos que no iban conforme a su misión, pero él los sujetaba. ¿Qué hizo él? Sometió su cuerpo a su misión. O sea, él dijo: «Yo tengo que cumplir los mandamientos de Dios, y aunque mi cuerpo me pida lo contrario, yo voy a hacer lo que dicen los mandamientos de mi Padre».

Dice la hermana White, en Hogar cristiano, página 254: «Vi que Jesús conoce nuestras flaquezas, y ha experimentado lo mismo que nosotros en todo, menos en el pecado». O sea, no ha pecado, no ha transgredido la ley, porque pecado es transgresión de la ley. En otra cita, de Los hechos de los apóstoles: fue tentado y probado como lo son los hombres de la actualidad; vivió, sin embargo, una vida libre de pecado, o sea, libre de transgredir.

Por eso Jesús, al ser tentado, enseña: «Cristo nos enseña a mantener sujeta la naturaleza inferior. Toda su vida fue un ejemplo de renunciamiento propio» (El Deseado de todas las gentes, p. 123).

La concupiscencia que torturaba su espíritu

Jesús debía sentir la vergüenza del pecado, y la contaminadora concupiscencia de la transgresión torturaba su espíritu (El Deseado de todas las gentes, p. 86). ¿De dónde la concupiscencia torturaba su espíritu? De su carne. Porque a mí, a ti, a cualquiera de nosotros, no nos afecta la concupiscencia de otra persona. Cuando dice que esa concupiscencia torturaba su

espíritu, era toda la concupiscencia que él había heredado de sus antepasados terrenales, lo cual era necesario. Él tenía que vencerla para pagar nuestro pecado, para darnos libertad y para darnos ejemplo.

La tentación del apetito en el desierto

¿Cómo enfrentó Jesucristo la tentación en el desierto? En la matutina Dios nos cuida dice: «No fueron solo los corrosivos dolores del hambre lo que hicieron los sufrimientos de nuestro Redentor tan indeciblemente severos. Fue el sentido de culpa que había resultado de la indulgencia del apetito, que había traído un mal tan terrible al mundo, lo que hacía una presión tan pesada sobre su alma divina. Con la naturaleza del hombre, y con la terrible carga de los pecados pesando sobre él, nuestro Redentor hizo frente al poder de Satanás en esta gran tentación inicial» (Dios nos cuida, p. 178).

Noten esto: su alma divina sentía el peso de la presión de la concupiscencia. Está diciendo que cuando Jesús fue a la tentación del desierto, porque está hablando de la tentación inicial, la tentación del apetito: si el hombre podía vencer esta tentación, podría triunfar en cualquier otro punto. O sea, Jesús ya tenía en el desierto, en los 40 días de ayuno, sobre sí la carga de los pecados del mundo. No fue en Getsemaní ni en la cruz cuando apenas recibió la carga. No, señor.

Mortal como hombre, fuente de vida como Dios

Mensajes selectos, tomo 1, página 318: «Sintió la abrumadora marea de desdicha

que inundaba el mundo. Comprendió los alcances de la fuerza del apetito complacido y de las pasiones impías que dominaban el mundo, y que habían ocasionado inexpressables sufrimientos al hombre». Lo sintió; esa es la palabra clave: sintió, comprendió, experimentó.

«Mientras que como miembro de la familia humana era mortal, como Dios era la fuente de la vida para el mundo». Eso dice El Deseado de todas las gentes (cap. 52). Esa es la condición de Cristo, hermanos. Y él tenía esas dos cosas unidas, inseparablemente unidas.

Como fue tentado, ¿qué virtud le da? Le da la potestad de socorrer, dice Hebreos 2:18: «Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados»; y de compadecerse de nuestra flaqueza.

Sin pecado, por el poder del Padre

¿Cómo fue tentado Cristo, como Adán o como nosotros? Ya lo habíamos visto: en todo según nuestra semejanza. ¿Pudo la tentación vencer a Cristo por causa de su naturaleza? No, porque él fue sin pecado: «El cual no hizo pecado; ni fue hallado engaño en su boca» (1 Pedro 2:22). ¿Era Cristo como Adán o como los hijos de Adán? También ya lo habíamos leído: como cualquier hijo de Adán, aceptó los efectos de la gran ley de la herencia.

¿Por cuál poder? Si Cristo tenía carne de pecado como nosotros, ¿cómo es que él no pecó, y nosotros sí pecamos? Porque él tenía un poder: «No puedo yo de mí mismo hacer nada: como oigo, juzgo: y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, mas la

voluntad del que me envió, del Padre» (Juan 5:30). «Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: mas el Padre que está en mí, él hace las obras» (Juan 14:10).

Jesucristo venció por el poder de la divinidad que se le dio. Y en esto él nos dio ejemplo: «Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis» (Juan 13:15). «Pues que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también estad armados del mismo pensamiento: que el que ha padecido en la carne, cesó de pecado; para que ya el tiempo que queda en carne, viva, no a las concupiscencias de los hombres, sino a la voluntad de Dios» (1 Pedro 4:1-2). Nosotros podemos seguir su ejemplo de victoria si recibimos, si aceptamos, si pedimos el mismo poder divino que él tuvo.

Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones

Miren, Efesios 3:14 nos dice eso a nosotros: «Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo». O sea, Pablo oraba por esto. ¿Por qué? «Del cual es nombrada toda la parentela en los cielos y en la tierra, que os dé», ahí está el motivo de la oración, «conforme a las riquezas de su gloria, el ser corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu» (Efesios 3:15-16). Es decir, noten: «Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (Efesios 3:17).

Esto es interesante. No solamente habla de la victoria sobre el pecado, sino de qué es el Espíritu Santo. Dice: ser corroborados con poder en el hombre interior por su Espíritu,

el Espíritu de Jesús. Pero luego dice «que habite Cristo»: si ustedes reciben el Espíritu de Jesús, es lo mismo que habite Cristo por la fe. O sea, ¿quién habita? Cristo. ¿Qué tenemos? El Espíritu. Pero, ¿qué persona tenemos al tener el Espíritu? No una tercera persona; tenemos a la persona de Cristo. Habita Cristo por la fe en nuestros corazones.

¿Y qué pasa si Cristo habita en mi corazón? «Para que, arraigados y fundados en amor, podáis bien comprender con todos los santos cuál sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento», y atención, que la respuesta está en la parte final, «para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:17-19).

Llenos de toda la plenitud de Dios

O sea, si Cristo habita en mi corazón, si el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, viene a mi corazón, es decir, si Cristo viene a mi corazón, seremos llenos; no de un porcentaje de la plenitud de Dios, sino el 100%, toda la plenitud de Dios, toda esa plenitud que habitaba en Cristo. Porque acuérdense que Colosenses dice: «Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Colosenses 2:9). Por eso fue que Cristo venció: porque en él habitaba en su cuerpo la plenitud de la divinidad. Pero esa plenitud de la divinidad que le dio la victoria a Cristo sobre el pecado también se nos ofrece a nosotros, para que seamos llenos de esa plenitud. Y si somos llenos, porque tenemos el Espíritu de Cristo y porque Cristo está en nuestro corazón, entonces podremos vencer. Podemos vencer

como Cristo, porque tenemos el mismo poder que Cristo.

O sea, Cristo vino a tener nuestra carne para mostrarnos, entre otras cosas, que teniendo esa carne, pero uniendo también el poder divino, esa carne se puede vencer. Cuando él hizo eso, está diciendo: «Mira, tú también puedes vencer como yo vencí, pero necesitas lo que yo necesité, que es la plenitud de la divinidad. Si tú recibes la plenitud de la divinidad, podrás vencer como yo vencí».

«Por naturaleza» en él, «por gracia» en nosotros

Eso es lo que dice también Waggoner en esta cita: «Cristo, en quien habitaba toda la plenitud de Dios, puede habitar en nuestros corazones, para que nosotros podamos ser llenos de toda la plenitud de Dios. Habiendo sufrido todo lo que hereda la carne pecaminosa, lo conoce todo, y tan cerca se identifica con sus hijos, que cualquier cosa que pese sobre ellos recae igualmente sobre él, y él sabe cuánto poder divino es necesario para resistirlo; y si anhelamos sinceramente negar la impiedad y los deseos mundanos, él es poderoso y está deseoso de darnos la fortaleza para hacer infinitamente más que todo cuanto pedimos o entendemos. Todo el poder que Cristo tenía habitando en él por naturaleza, podemos tenerlo también habitando en nosotros por gracia, ya que se nos lo otorga sin precio y sin medida» (E. J. Waggoner, Cristo y su justicia).

Todo el poder que Cristo tenía habitando en él por naturaleza, por herencia, porque él era Hijo de Dios, podemos tenerlo también

habitando en nosotros por gracia. Pero el poder es el mismo.

Hermanos, este es Cristo y su justicia. Este es el mensaje que predicaron en 1888. Este es el mensaje que necesitamos, no solamente nosotros, sino el mundo entero: saber que se puede vencer el pecado, pero no por nuestro poder, porque nosotros no tenemos poder, sino por el poder de la divinidad de Cristo. Y ahora, si yo tengo a Cristo en mi corazón, si Cristo habita en nuestros corazones por la fe, tengo el mismo poder que Cristo y podré vencer como Cristo venció.

Un poder sobreabundante

¿Qué significa? No tenemos un Salvador lejano que venció con ventajas que nosotros no tenemos. Tomó la carne de pecado, la simiente de David; sintió la fuerza de la pasión y del apetito; sujetó sus deseos a su misión, y venció por el poder del Padre que moraba en él, por el poder de la divinidad. Y ese mismo poder que él tenía por naturaleza, nosotros podemos tenerlo por gracia, y podremos vencer todo lo que él venció. No importa cuánta concupiscencia tengamos, no importa cuántos pecados hayamos cometido: tenemos ahora el poder que es superior al pecado.

Por eso es que dice: «mas cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia» (Romanos 5:20). El Señor Jesús no nos dio un poder suficiente para vencer el pecado. Él nos dio sobreabundante poder, no solo para vencer el pecado, sino más allá. O sea, el poder que Dios nos da es mucho más superior, mil veces más superior que el poder del pecado,

porque nos dio toda la plenitud de la divinidad, toda.

Si hubiese una matemática, a lo mejor con el 10% de la divinidad sería suficiente para vencer el pecado; pero no nos dio el 10%, nos ha dado el 100%. Ese es el mensaje que nos dice que se puede vencer el pecado en Cristo, como lo leímos en Efesios: se puede vencer si tenemos a Cristo en nuestros corazones. Damos gloria a Dios al darnos cuenta de que la Biblia siempre revela la verdad si la leemos como ella lo expresa, sin interpretaciones humanas.

Conclusión

Así que, mis hermanos, hay que profundizar cada vez más en este mensaje. Solamente si lo entendemos sabemos cómo pedir, porque si nosotros no creemos en esto, no pediremos por esto.

En las historias bíblicas tenemos esa ilustración. Dos ciegos clamaban: «Ten misericordia de nosotros, Hijo de David». Llegaron a Jesús, y él les preguntó: «¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dicen: Sí, Señor. Entonces tocó los ojos de ellos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:27-29). Dios nos va a dar conforme a nuestra fe. Si tenemos fe de que en Cristo podemos vencer todo, él nos dará conforme a nuestra fe. Si nuestra fe no es capaz de ver más allá, no recibiremos sino eso, y eso no será suficiente, porque no tenemos una fe suficiente en Cristo. Tenemos que tener la fe de que podemos vencer el pecado.

Católicos, Protestantes y Adventistas Apóstatas están

UNIDOS CONTRA DE LA CARNE DE PECADO DE JESÚS

Por: John García

La simiente prometida

Estudiamos «La humanidad del Mesías frente a la doctrina de los falsos profetas: unidos todos contra la carne de pecado de Cristo». Dios anuncia un Mesías plenamente humano, plenamente divino, nacido por poder divino en carne de pecado. Los falsos profetas presentan una simiente solo carnal, o un Dios sin humanidad real: las dos doctrinas falsas.

Génesis 3:15, el protoevangelio: «enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya». La simiente es la descendencia: vendría un hijo de Eva que vencería, el Mesías. Ahí mismo está el falso profeta, la simiente de la serpiente.

A Abraham: «En tu simiente serán benditas todas las gentes de la tierra» (Génesis 22:18; véase también Génesis 12:3, Génesis 18:18). De la naturaleza de Abraham vendría el libertador: Pablo, en Gálatas 3:16, dice que es Cristo.

Isaac, la simiente prometida, nace por engendramiento divino, porque Sara tenía la matriz muerta. ¿Qué carne tendría? La de pecado de Abraham y de Sara. Ismael, hijo de la esclava, es solamente hijo de carne de pecado: un falso Mesías sin engendramiento divino.

¿Qué es carne de pecado? Naturaleza humana como la nuestra, con malos deseos en la carne, no en la mente. Dios los creó con carne santa, pero cuando Adán peca su naturaleza cambia. El Mesías tendría la naturaleza de Eva después de pecar, como la de Abraham, y también naturaleza divina; como Isaac, simiente pecaminosa engendrada por el poder divino.

Jacob, Moisés y el tabernáculo: las figuras del Mesías

Jacob, huyendo, duerme sobre una piedra y sueña una escalera de la tierra al cielo, con ángeles que suben y descienden. Jesucristo, en Juan 1:51, se identifica con ella y le dice a Natanael: «veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre». No le falta un peldaño para llegar al suelo: naturaleza divina, porque es Hijo de Dios, y humana, con carne de pecado, porque es Hijo del hombre.

También a Moisés, en Éxodo 3:1 al 6, con la zarza ardiente: el fuego es la divinidad; la zarza con espinas, la humanidad del Mesías. Eso dice Juan 1:14: «aquel Verbo fue hecho carne», y Romanos 8:3: «Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado».

Lo mismo vemos con el cordero pascual, perfecto y sin defecto, pero una criatura: carácter divino envuelto en carne de pecado.

En la cena Jesús dice: «esto es mi cuerpo que por vosotros es partido» (1 Corintios 11:24). El pan es su humanidad.

Jesús no pecó, porque pecado es transgresión de la ley, pero su naturaleza humana tenía pecado. No pecó jamás, ni en pensamiento: su carne tenía los deseos de la carne, no su mente. Por eso fue tentado como nosotros.

El tabernáculo también simboliza a Cristo. Éxodo 25:8: «Y hacerme han un santuario, y yo habitaré entre ellos». Juan 1:14 se traduce «tabernaculizó»: Dios moraba en un templo de carne de pecado. Y en nosotros: «vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo» (1 Corintios 6:19). Los templos paganos tenían dioses plurales, que eran demonios: «lo que los Gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican» (1 Corintios 10:20).

Samuel repite a Isaac: Elcana y Ana no tenían hijos; es Ana la que tiene fe. Samuel se engendra por el poder divino, pero en carne de pecado. Penina, como Agar, tenía muchos hijos solo de la carne. Samuel, el profeta, es tipo de Cristo.

David, Babilonia y Daniel

A David, en Segunda de Samuel 7:1 al 16, Dios le dice que su simiente sería de sus entrañas: «la cual procederá de tus entrañas» (2 Samuel 7:12-14). Parece hablar de Salomón, pero el reino en él será eterno: «Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre» (2 Samuel 7:16; véase también 1 Crónicas 17:11-14). El reino de Salomón

terminó: habla de la simiente de David según la carne, que según Pablo en Romanos 1:3 se refiere al Hijo. Y en el Salmo 51:5 dice David: «en pecado me concibió mi madre» (Salmos 51:5). El Mesías tendría pecado heredado en la carne, y los católicos no aceptan esta verdad. Falta Babilonia. En Daniel 7 (Daniel capítulo 7, versículos 13 y 14): «he aquí en las nubes del cielo como un hijo de hombre que venía» (Daniel 7:13). Es el que antes, en el capítulo 3, vio Nabucodonosor, «semejante a hijo de los dioses» (Daniel 3:25), salvando a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Es Hijo del hombre porque es hijo de Adán, de Abraham y de David según la carne.

En el Imperio babilónico, los sabios dijeron del sueño de Nabucodonosor: «ni hay quien lo pueda declarar delante del rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne» (Daniel 2:11). Es la doctrina que hasta hoy cree la moderna Babilonia: Dios no mora en carne de pecado. El evangelio es su antítesis: «aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1:14). En la mente babilónica no cabe que Dios tenga un Hijo, ni que tome carne de pecado y no peque: Daniel 2:11 unido con Daniel 7. Daniel duró hasta el Imperio persa. En Daniel 9 se le muestra al Mesías Príncipe: «para acabar la prevaricación, y concluir el pecado» (Daniel 9:24). Lo acabaría porque vendría en carne de pecado y, contra la doctrina babilónica, persa, griega, romana, mundana, no pecaría jamás.

Por eso Pablo, en Hebreos, dice: «Por la fe entendemos» (Hebreos 11:3). ¿Que la doctrina adventista es compleja? No, esto es Biblia; ni siquiera citamos a Elena de

White. Se entiende por la fe, y es sencillo porque la divinidad es más poderosa que la carne de pecado. Lo complejo es la falta de fe: somos «tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho» (Lucas 24:25).

Lo que enseñan los apóstoles

Romanos 8:3: estando en la carne de pecado, «condenó al pecado en la carne». No pecó: el poder de la divinidad se lo impidió. «Yo no tengo ese poder». Mentira: no lo tenemos por naturaleza ni herencia, pero sí por fe.

En el Imperio romano, María sí pecó: dice que Dios es su Salvador, y la Biblia dice: «ni aun uno» (Romanos 3:10). Jesús heredó el pecado en la carne de María; no pecó porque nació con el poder divino, y María nació como cualquier ser humano.

En el Nuevo Testamento, Juan 1:14: «aquel Verbo fue hecho carne»; Romanos 8:3: divino, tomó carne humana, no santa, sino de pecado. Pablo elabora lo dicho a Abraham en Génesis 12. Gálatas, capítulo 3, versículo 16: «Y a tu simiente, la cual es Cristo», no Isaac ni Jacob. Hebreos 2:16: «no tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham tomó». Romanos 1:3: hecho de la simiente de David según la carne, y no de Adán antes de la caída. Esto es Romanos capítulo 1, versículo 3.

¿«Llena de gracia» es sin pecado?

Interpretación fuera de contexto: Lucas 1:28, «¡Salve, muy favorecida!». Todos podemos estar llenos de gracia: «para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3:19). A la mujer tomada en adulterio Jesús le dijo: «vete, y no peques

más» (Juan 8:11): por la fe podemos dejar de pecar. «La paga del pecado es muerte» no libró a María del pecado. Jesús adquirió su carne y su sangre: de pecado.

Hechos 2:30: «del fruto de su lomo, cuanto a la carne, levantaría al Cristo»; lo dicho a David se refería a Cristo. Hechos 13:23: «De la simiente de este, Dios, conforme a la promesa, levantó a Jesús por Salvador a Israel». Apocalipsis 5:5: «la raíz de David»; Apocalipsis 22:16: «Yo soy la raíz y el linaje de David». No importa lo que digas tú ni yo, sino lo que dice la Escritura.

La herencia y la carne de Jesús

El espíritu de profecía dice que Jesucristo aceptó los efectos de la ley de la herencia (El Deseado de todas las gentes, p. 32). Hebreos 2:14 al 17. Hebreos 2:14: «los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo». Y el versículo 17: «debía ser en todo semejante a los hermanos» (Hebreos 2:17).

Romanos 7:23 y 25: la carne contiene la ley del pecado: «veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu» (Romanos 7:23). La del pecado gobernaba la carne de Jesús, no su mente. Como «Por la fe entendemos», Jesús dijo que hay que nacer de agua y de espíritu, y Pablo dice en Primera de Corintios que solo el espiritual entiende lo espiritual.

Efesios 2:3 habla de malos deseos en la carne, también Colosenses. Gálatas 5:24: «los que son de Cristo, han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias». Gálatas 5:19: «adulterio, fornicación... borracheras, banquetes» (Gálatas 5:19-21). Como dice el versículo 24, Jesús «condenó

al pecado en la carne»: crucificó los pecados que heredó de sus antecesores.

La lista de antecesores muestra los pecados transmitidos a Jesús por María: Rahab, Rut la moabita, David, Abraham. ¿Quién enfatiza que María no pecó? La Iglesia católica, no la Biblia. Ella venció su carne de pecado por la fe, en virtud de la justificación de Cristo.

Jesús sintió hambre, miedo, rabia, dolor, lloró; sintió hambre intemperante, el deseo de la intemperancia en su carne. Los malos deseos de Gálatas los tenía, pero los crucificó, como se nos pide en Gálatas 5:24.

Mateo 26:41: «el espíritu a la verdad está presto, mas la carne enferma»: sabía que tenía una carne enferma, pecaminosa.

Gálatas 4:4: «Dios envió su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley»: la materia de su humanidad vino de María. Nació bajo la ley «para que redimiese a los que estaban debajo de la ley» (Gálatas 4:5), bajo la condenación; también María fue redimida.

Segunda de Corintios 5:21: «Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros» (2 Corintios 5:21). Heredó el pecado en la carne y se impuso sobre él el de todos nosotros: Isaías 53, «Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros» (Isaías 53:6).

El espíritu del anticristo y los concilios

Roma no acepta que el Hijo de Dios tenga carne de pecado. Primera de Juan, capítulo 4, versículos 1 al 3: «todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios: y este es el espíritu del anticristo» (1 Juan 4:1-3). Bastantes veces

lo he dicho: Jesús no pecó, pero tenía carne de pecado. Se necesita nacer de nuevo.

Los concilios, entre los siglos IV y VII, definieron que Cristo es una sola persona, verdaderamente Dios, verdaderamente hombre, pero ninguno enseña carne de pecado. En Nicea se confiesa que se encarnó. En Constantinopla, 381, complemento de la doctrina trinitaria, se condenó el apolinarismo, que negaba el alma humana de Cristo. En Éfeso, Nestorio separaba a Cristo en dos sujetos; el concilio afirmó un solo sujeto y la maternidad divina de María.

La Theotokos, que ya existía, se hace oficial en Éfeso, año 431: la apostasía omega, y por ella nace la Iglesia católica. En Calcedonia, año 451, contra Eutiques y el monofisismo, un Cristo en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación.

Pero ya se ha establecido que esa humanidad es sin pecado y que María es madre de Dios; de ahí Roma enseñó la Inmaculada Concepción, dogma en 1854. Constantinopla II, año 553, subraya la unidad de la persona. En el año 680 se definen dos voluntades. Letrán, año 649, sínodo del papa Martín I contra el monotelismo; Constantinopla III aprobó su doctrina.

La verdad restaurada y otra vez rechazada

El protestantismo trae la doctrina católica y no comprende esto. El adventismo, en 1844, restaura la verdad que la Iglesia católica echó por tierra en Éfeso y Calcedonia. Pero en la década de 1950, por alianzas con el protestantismo y luego con el catolicismo, la

Iglesia adventista retrocede: la restauración de los pioneros y el espíritu de profecía es rechazada para unirse con el protestantismo apóstata y el catolicismo apóstata en una misma doctrina falsa: Jesús no tenía carne de pecado. Por eso se han unido contra la carne de pecado de Jesús.

Conclusión

Está de tu parte orar al Señor que te dé fe para creer todo lo que los profetas han

dicho; no lo que los concilios, los obispos o los curas han dicho. Si no aceptan la palabra de Cristo, como dice Abraham en la parábola, ni aunque se levante alguien de los muertos creerán (Lucas 16:31). Sigamos con la fe firme de que Jesús venció la carne de pecado; no pecó jamás. Tuvo el pecado en la carne, pero no pecó. Y nosotros, por el mismo poder, podemos vencer también nuestra carne de pecado. Que Dios nos bendiga.

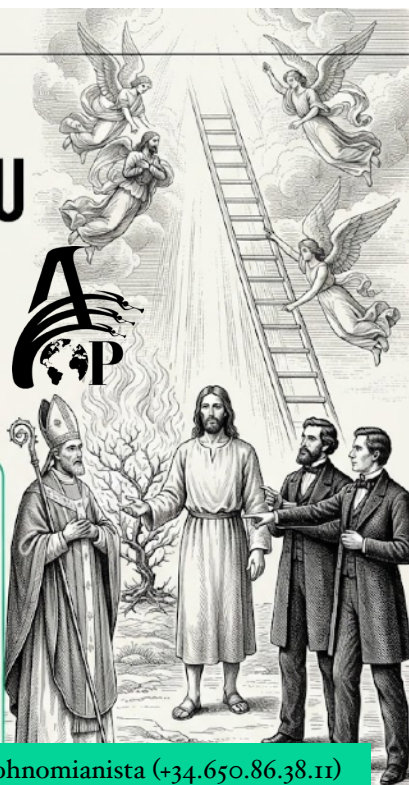
«LA HUMANIDAD DE CRISTO»

UNIDOS EN CONTRA DE SU CARNE

Católicos, protestantes y adventistas niegan que Jesús vino **en carne de pecado**. Él la tuvo, pero **no pecó jamás**.

LO QUE ENSEÑA:

- Simiente de Abraham y de David según la carne (Ro 1:3)
- En semejanza de carne de pecado (Ro 8:3)
- Éfeso (431) y Calcedonia (451) lo negaron
- Restaurado en 1844, rechazado en la década de 1950



Johannianista (+34.650.86.38.11)



ROMANOS 8:3

Condenó al pecado en la carne;
por fe, nosotros también vencemos.



AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!
*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE
al +34.650.86.38.11

